



# Apuntes Palentinos.

Teófilo Ortega



DL-F 1523

BIOGRAFIAS

3

*Apuntes Palentinas*

Fascículo N° 3 – Tomo I – BIOGRAFIAS  
Fascículo publicado N° 28

---

Nuestra portada: Retrato de Teófilo Ortega, efectuado en el año 1926, dibujo de lápiz compuesto y sanguina de Bellver.

---

R. 3.777



# TEOFILO ORTEGA

C - 1051565  
H. 42141

Por: ESPERANZA ORTEGA

# Apuntes Palentinos

Idea y dirección de la obra:  
CASILDA ORDOÑEZ FERRER

Director editorial:  
GONZALO BLANCO NOZAL

Coordinación literaria:  
SEMINARIO DE LENGUA Y  
LITERATURA  
I.N.B. ALONSO BERRUGUETE

Director artístico:  
JOAQUIN SORIA TORRES

Imprime:  
MERINO - ARTES GRAFICAS  
Mayor, 45 - Palencia

Fotografía:  
JAVIER Y TOMAS

ISBN Fascículo: 84-7231-972-5  
ISBN Obra completa: 84-7231-971-7  
Depósito Legal: P-199/1983

Edita:  
OBRA CULTURAL  
CAJA DE AHORROS Y MONTE  
DE PIEDAD DE PALENCIA

*“Pero tras de éstos vendrán más, muchos más siglos y aparecerán, descendiendo de nosotros mismos, quienes nos estudien con indiferencia, con desafecto, con egoísmo, y al fin no quedará de nosotros nada, ni siquiera la huella anónima y el recuerdo borroso, nuestro espíritu entonces, viajero infatigable por regiones ignotas, recordará compasivamente a esta pobre carne —anhelosa de una completa supervivencia— que se creyó algo más firme y durarera que la espiral de humo —serpentina con que la tarde se engalana— que destrenza y desflora el viento con sus dedos audaces”.*

*“La voz del Paisaje”  
Teófilo Ortega, 1928*

*Este trabajo no intenta negar la verdad de estas palabras, ni puede tampoco nada contra la crueldad con que el tiempo y la muerte borran nuestros anhelos y destinos. Pero, al menos, es seguro que no lo he realizado con indiferencia, ni con desafecto, ni con egoísmo.*

*Esperanza Ortega, 1984*

# I. LA BUSQUEDA (1905-1927)



Teófilo Ortega, sentado en la mesa del "comedor" ¿1961?.

Aquella tarde, al llegar del colegio, percibí una animación inusual en mi casa. Del despacho de mi padre, provenían los ecos de voces poco familiares. En seguida pregunté quiénes eran esas personas que ya estaba observando desde la puerta del comedor. Son escritores, amigos de papá. Aquella contestación me llenó de interés. Entonces sí que atendí hasta los mínimos detalles de una conversación que no llegaba a entender del todo. Debió pasar bastante tiempo, porque cuando me desperté estaba aún allí, tumbada, al lado de la puerta desde la que había presenciado la escena. Mi padre estaba de pie, a mi lado. ¿Qué haces aquí?, me dijo. Yo le pregunté ingenuamente, como quien espera que le confíen un secreto, ¿ha venido Azorín?. Mi padre seguía sonriendo. No, no ha venido Azorín. Pero su sonrisa era triste. Me dí cuenta de que no quería hablar más del tema y nunca volví a preguntarle por la extraña visita.

Esto debió de ocurrir, según me han contado después, en el año 1962, tres años antes de que mi padre muriera. Yo tendría entonces ocho años. Los visitantes eran miembros de la redacción de la Estafeta Literaria, con los que había tenido contacto hace tiempo, y venían a proponerle su colaboración en la nueva etapa de la revista. El, como de costumbre, declinó la invitación por razones familiares y de salud. Mi pregunta no obedecía a otra cosa que a la fascinación que ejercía sobre mí la presencia de mi padre sentado en su despacho, siempre con un libro abierto sobre la mesa. El nombre de

Azorín, quizá porque era extraño y sonoro, fue uno de los que primero se grabaron en mi memoria, aunque él nunca me hubiera hablado de este autor y yo, por supuesto, a esa edad, tampoco le hubiera leído. Pero en aquella ocasión, apareció ante mí como el paradigma de los "escritores", esos personajes misteriosos y cargados de solemnidad, entre los que mi padre un día, ya lejano, se había contado.

Para empezar la historia desde el principio, habría que remontarse a 1905, año en que nació en Palencia Teófilo Ortega, su protagonista. Mi padre fue el segundo de una familia de ocho hermanos. Mi abuelo, Alejandro Ortega, procedía de Villalobón, pequeño pueblo muy cercano a la capital. Como tantos hijos de labradores que no contaban con demasiadas posibilidades económicas, había pasado una larga temporada en el seminario. Al descubrir que no tenía vocación religiosa, se dedicó al comercio en donde demostró poseer una gran astucia y decisión. Su mujer, Trinidad Matilla, que procedía de una familia muy humilde, nació en Viana de Cega, en la provincia de Valladolid. Ambos, Trinidad y Alejandro, trabajan incansablemente durante muchos años para conseguir acumular un capital que les permitirá, más tarde, acometer empresas de mayor envergadura. Eran tiempos difíciles. Mi abuela no se podía dedicar por entero al cuidado de sus hijos que van creciendo y formándose de manera independiente y azarosa, dentro, claro, de la rigidez propia de una familia de entonces.

¿Qué planes podían tener sus padres con respecto a los dos hijos mayores?. Sólo uno, que siguieran trabajando a su lado, ayudándoles en el negocio casi desde que tenían uso de razón. No les procuran una infancia fácil seguramente porque ellos tampoco la han tenido, y no consideran necesaria una gran preparación para el futuro. Las funciones de madre las ejerce Isidora, una criada fiel, algo pariente de la familia. Ella es la que les atiende mientras mi abuela trabaja. Las historias de Isidora, que les quería como si se tratara de sus propios hijos, fueron probablemente los primeros cuentos que escuchó de niño. Según ella contaba, era un niño débil y mostró desde muy pequeño una curiosa inclinación por la lectura. Su padrino, el tío Melitón, que gozaba de un gran ascendiente en la familia, se dió cuenta muy pronto. En una de sus visitas, observa sorprendido como el niño, a pesar de que todavía no asistía a la escuela, iba deletreando los anuncios de la calle Mayor. En compañía de su hermano, acude al colegio de la Salle que estaba situado en la calle Pedro Romero (hoy llamada de Eduardo Dato). Allí encuentra un maestro que en seguida repara en la clara inclinación que este hijo de comerciantes demuestra hacia las letras. Mi padre guardará de él un buen recuerdo, sobre todo porque fomentaba su afición a la literatura, dirigiéndole pequeñas revistas, escritas a mano, que luego repartía entre sus compañeros de clase. También contaba Isidora cómo desde muy pequeño gastaba todas sus propinas en cuentos y cuadernillos de la editorial Calleja. En un artículo titulado "Los libros que no debemos leer" recordará mi padre sus lecturas infantiles, entre las que sobresalen los nombres de Salgari, Lasage o Gil Blas de Santillana. Estos libros permanecieron siempre en su biblioteca como los paraísos ya perdidos, pues fueron los auténticos amigos de su niñez:

*No abramos sus páginas ni rompamos su encanto. Cuando vayamos agotando todo; cuando nada mas nos quede para gozar y poseer, de nuevo, en el terrible instante de haber regresado de todos los caminos, nos saldrán al paso estos libros ingenuos, que supieron, lograron plenamente, conmovernos. Pero no les abramos tampoco. Cerrados. Quietos. Como en las tumbas de los faraones, hay un insecto terrible de larga y sosegada vida, que inyectaría su veneno en nuestras*



A los dos años. Cuando todavía no sabía leer.



Un pequeño cuento de Calleja, de los que compraba con sus primeras propinas.



Isidora. Ella era quien les cuidaba mientras su madre trabajaba en el almacén.

*carnes. Un hastío se agazapa entre sus páginas.*

(Teófilo Ortega, 1931)

Cuando contaba trece años, un acontecimiento desgraciado viene a interrumpir su desarrollo



De rodillas, el día de la primera comunión.

normal. El año 1918 una tremenda epidemia de gripe se extiende por toda la península. Mi padre cae enfermo. Incluso hay un momento en que todos, su familia, el médico, y él mismo, creen que no logrará sobrevivir. La convalecencia de esta enfermedad, entonces tan peligrosa, duraría dos años, y la conciencia de la muerte, entrevista en edad tan temprana, ya no le abandonaría nunca. En aquellas largas horas de hastío y melancolía, floreció esa primera inclinación hacia la literatura. Abandonadas ya las lecturas infantiles, su curiosidad se dirigió hacia los clásicos, y leyó y leyó con fruición, libros que marcarían para siempre su personalidad. Me refiero a la poesía mística, al Quijote o a la Celestina. En ellos descubre una complejidad, una pasión que comparte y que le abre hacia nuevos caminos. Nunca se recuperó del todo de esta larga enfermedad. Y al lado de su afición a los libros, otras secuelas menos positivas le marcaron para siempre. En el orden físico, una bronquitis crónica que se iría agravando con los años, y en el psíquico, un carácter aprensivo y temeroso, que le hacía retraerse a la hora de hacer realidad sus aventuras interiores. Hay, diseminadas en su obra, muchas alusiones a esta característica tan peculiar de su temperamento, y algunas, como ésta, cargadas de ironía:

*“Los precedentes de la locura de aquel famoso licenciado Vidriera, no les refiere Cervantes en su relato. Hemos perseguido el tema, y después de muchas averiguaciones podemos afirmar:*

*—Mucho antes de expresarse, de salir a la superficie la curiosa manía de aquel pobre estudiante que se suponía de vidrio y que huía de todo contacto humano por temor a quebrarse, inicióse en él una preocupación que, convertida en idea fija y dominante, fue lo que a través del terremoto de su razón y ya transformada la manía en locura, siguió dominándole con enérgica violencia.*

*En su juventud, según mis datos, padeció una enfermedad del pecho —pulmonía seguramente— y era tal el miedo que al frío y a la influencia del viento y de las corrientes de aire tomó desde entonces, que abrigaba y protegía su pecho como si de cristal quebradizo se tratase. Y este miedo a que el puñal del frío le penetrase, transformóse después*

en el estado de su locura en miedo a romperse si golpe a mano humana llegase a tocarlo.

*Me abstengo de señalar las fuentes donde he leído la información. También los escritores tenemos secretos profesionales”.*

(Teófilo Ortega, 1932)

Cuando el médico le declara capaz de seguir una vida normal, mi padre es todavía un muchacho de quince años, pero espiritualmente parece una persona adulta, que admira a todos por su precocidad. Bastante desligado de los negocios familiares, que en estos años han conocido una gran prosperidad, para él son tiempos de indecisión y de búsqueda. Ya es demasiado tarde para comenzar unos estudios para los que se hubiera sentido naturalmente inclinado, pero que no encontraron eco en su familia y su ambiente. Sucede a la enfermedad una época de crisis, de soledad, de vacío. ¿Con quién hablar de sus deseos y ambiciones?. Mucho más tarde, en 1930, recordará aquella etapa de su vida, llena de incertidumbre y desasosiego:

*“En mis años primeros, hasta tropezar con las luces seguras del arte, he llamado a todas las puertas y hacia todas las mesas he inclinado mis manos pidiendo aliento. Infancia terrible, en aspecto distinto a la de Jean Cocteau. Sentir dentro del alma la necesidad de recorrer un camino propio, y no distinguirlo entre todos los caminos. He aquí el sufrimiento agotador y he aquí, en la encrucijada, resumen y copia de todas las encrucijadas, el espíritu crucificado.*

*Por esa situación penosa de tener que abrirse el propio camino de luz a través de la oscuridad hiriente de los muchos caminos del mundo, es por lo que en el alma permanecen claras y bien definidas las huellas de los primeros, de los mejores compañeros y amigos. Del humo dormido del pasado, que diría Gabriel Miró, se alzan las sombras queridas, se acercan los ecos de voces no apagadas en el corazón, porque siempre nuestro más noble órgano recuerda con exactitud aquello que se propone no olvidar nunca”.*

(Teófilo Ortega, 1932)



Alejandro Ortega con los dos hijos mayores que iban a continuar sus “prósperos negocios”. Mi padre, a la derecha, ya restablecido de su enfermedad.

Este primer compañero de búsqueda y deleite, en el caso de mi padre, fue César M. de Arconada. También palentino, también escritor, seis años mayor que él, obró de iniciador, de camarada y de crítico. Se conocieron en la librería de don Diocleciano de la Serna, que ambos frecuentaban. Allí se intercambiaban sus primeros escauceos en la literatura, todavía palpitantes de entusiasmo y esperanza. Arconada trabajaba ya como redactor en el Diario Palentino y mi padre acababa de cumplir los diecisiete años. Ese mismo año, 1922, publicará su primer libro. Se trata de un pequeño relato titulado “Luis de Samlen. Artista, aventurero y fracasado”, editado en la imprenta del Diario Palentino. Este pequeño librito no debió de ser de su agrado más adelante, pues él siempre consideró como su primera obra al estudio sobre la Celestina publicado en 1927.

Aunque el relato resulta algo deslabazado y torpe, ya aparecen algunas de las constantes de su obra posterior: la atracción por el ambiente teatral, por las mujeres silenciosas y enigmáti-



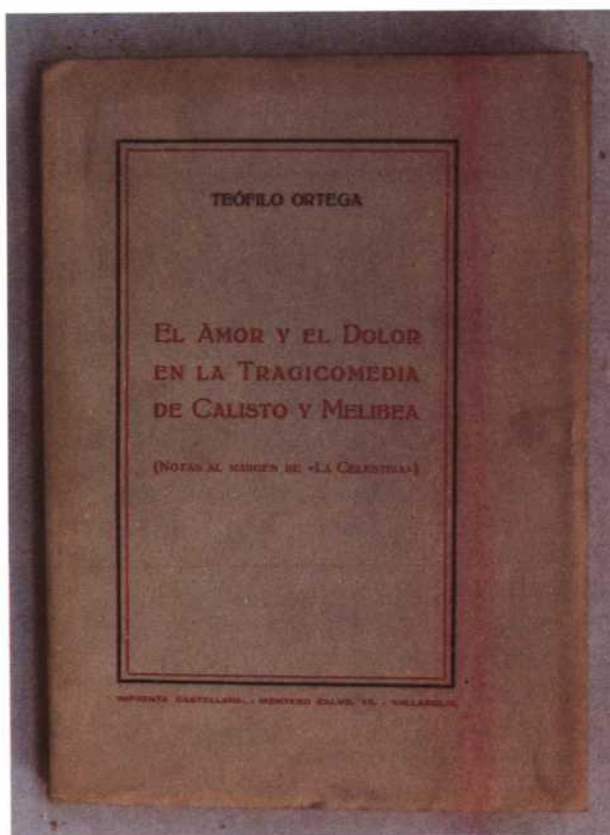
cas, o el símbolo del tren y el concepto del amor como un deseo inalcanzable.

Durante los primeros años de la dictadura de Primo de Rivera, 1923-1930, establecerá relación con nuevos amigos que le aventajan en edad y experiencia. Frecuenta la tertulia del doctor Díaz Caneja, César Gusano, Pablo Pinacho, Salustiano del Olmo, etc. Con este último será confinado en Briviesca en 1927. En aquella tertulia le conocían con el apelativo cariñoso de "Orteguita", debido a su aspecto enclenque e imberbe, que tanto contrastaba con su precocidad intelectual. Con ellos colaborará en la fundación del Ateneo palentino del que fue presidente Díaz Caneja. Pero el ateneo funcionó más como proyecto que como realidad, pues Palencia, en aquella época, era una ciudad sin demasiadas inquietudes culturales. Fue la sede de este pequeño ateneo, la casa de la "Sociedad de Amigos del País", en la que también participó. Como ejemplo de la pobreza cultural de la Palencia de entonces voy a citar un fragmento de un artículo publicado por E. Pita de Rego en septiembre de 1923 en el Día de Palencia: "Diez, quince, veinte serán los hombres que leen en esta capital, porque mujeres puede asegurarse que no lee ninguna. Aquí, el libro es tratado como un desesperante desvío que, muchas veces, tratan de justificar con el absurdo horrendo de calificarlo de inútil e innecesario, cuando no de pernicioso y dañino...".

Este ambiente provinciano impulsa a los jóvenes con inquietudes a salir de Palencia. Así, Arconada o Paco Vighi marchan a Madrid. Mi padre en cambio, tan aprensivo e inseguro, orientará su actividad literaria y periodística hacia Valladolid, la capital vecina. El 27 de octubre de 1923, aparece su primera colaboración periodística en la revista vallisoletana "Castilla la Vieja". Narra una pequeña aventura compartida con otros dos amigos a los que denomina "el artista apasionado" y "el aprendiz de pintor". "El artista apasionado" es, sin duda, Arconada. Cuenta en este artículo el encuentro en la estación de Venta de Baños con "La Marquesita", muchacha misteriosa que visitó Palencia durante las ferias de San Antolín y de la que los tres amigos se enamoraron súbitamente. Por las mismas fechas publica Arconada un artículo en "El Día de Palencia" que hace referencia a aquella "marquesita" tan distante y enigmática.

Son los años en que todo se inicia. Surgen los primeros amores, los primeros escritos y las primeras inquietudes políticas. La Dictadura reprime la actividad intelectual de autores como Marañón, Valle-Inclán o Unamuno, a quien mi padre consideraba entonces como su máximo maestro. Su destierro fuera de las fronteras nacionales le impresiona e indigna a la vez. Mantiene con Unamuno una correspondencia, hoy perdida, que le impulsa hacia la actividad política e ideológica. En la tertulia liberal que frecuenta no se habla de otra cosa que no sea el anhelo de una sociedad más justa, en la que nadie se sienta confinado. Pero el trabajo político y periodístico no le hace olvidar ese sueño que nació en las horas de fiebre de la adolescencia y que ha ido creciendo y tomando cuerpo día a día. Me refiero a su deseo de llegar a ser un escritor. Sigue leyendo y releiendo a los clásicos y conoce, a la vez, la obra de autores contemporáneos a los que siempre permanecerá fiel, aún siendo tan diversos en sus géneros y estilos: Marcel Proust, Pirandello, Troski, Freud, Ibsen, etc.

El ansia de conocerlo todo rápidamente y su escasa preparación, pues no hay que olvidar que



Portada de su primer libro. Este volumen pertenece a la biblioteca de N. Sanz y Ruiz de la Peña.

su formación es autodidacta, le llevan a aprender a leer en francés e italiano, a pesar de que nunca llegaría a conocer la pronunciación correcta de estos idiomas. A los 18 años se decide a comenzar la que siempre consideró como su primera obra y que no llegó a publicarse hasta tres años después, con el título de "El amor y el dolor en la tragicomedia de Calixto y Melibea".

En 1926 participa en una velada del Ateneo de Valladolid, organizada por su amigo José Antonio Santelices, en la que lee esa obra inédita. José María de Cossío, asombrado ante la profundidad del ensayo de este joven desconocido decide publicarle en su colección de "libros para amigos" en una edición reducida, hoy inencontrable, que nunca llegó a venderse en las librerías. La edición aparece prologada por César María de Arconada, el amigo de búsquedas y aventuras juveniles. Esta obra se compone de una colección de glosas muy al estilo impresionista de la época, escritas en un lenguaje pulcro y rítmico. A través de estas glosas va elaborando la teoría del "suicidio simbólico" de Calixto, que una vez conseguida la meta de sus anhelos se siente decepcionado y culpable a la vez. Sobresale en este libro la fuerza erótica de su interpretación que en muchos casos disculpa, e incluso exalta, la figura de Celestina, como el único personaje inocente de la tragedia. Sirva de ejemplo este breve fragmento:

*"vosotros, los que matáis a vuestros hermanos en la guerra; los que a cambio de unas horas de trabajo en las lobregueces de una mina entregáis unas pocas monedas; los que miráis indiferentemente los niños sin pan y albergue, los ancianos pordioseros enfermos; los que en nombre de un ideal político animáis a disparar el arma o la disparáis vosotros mismos ¿tenéis en vuestras obras más justificación de vuestras conductas que esta pobre vieja que se creía nacida y viviente sólo para que en los pechos de sus semejantes no se adormeciera la palabra imposible y fuese todo en los rientes campos del amor, dulce conquista? ¿Qué bien nos ofrecéis a cambio de la sangre vertida, de la angustia no restañada, de la enfermedad no compadecida?. Si no ofrecéis al mundo, como la vieja Celesti-*

*na, un poco del terreno placer ante el cual muy pocos humanos son los que no se rinden, seréis más merecedores del desprecio que ella. Ella tiene la disculpa de su sinceridad, de su juego limpio y peligroso. No enciende con ideales ni mentiras sino que aisla, encauza y limita el fuego. En ella, si hay mal, es mal humano y sincero, mal inevitable e inconsciente. El mismo mal del lobo con sus dientes hundidos en la carne del corderillo. El corderillo que en este caso —y más ruidosa, importante, temerosamente en el siglo en que fue escrita— llamamos honor".*

(Teófilo Ortega, 1927)

El mismo año de la publicación de esta obra, un acontecimiento va a turbar su vida tranquila en Palencia, dedicado a la lectura voraz que alterna con el trabajo diario en el almacén de comestibles que regenta su padre. Recibe una carta de Unamuno en la que se vierten ataques contra la Dictadura. Hace copias a multicopista y otro amigo se encarga de distribuirlas en la calle Mayor. Le sorprenden con las octavillas y confiesa la procedencia de la carta. Mi padre es detenido en compañía de Salustiano del Olmo y Evilasio Rodríguez.

El 14 de octubre de 1927, aparece esta nota en "El Norte de Castilla": "El gobierno firmó unas órdenes de destierro y multa contra tres palentinos a los que se acusaba de haber divulgado una carta privada de Miguel de Unamuno en la que se vertían conceptos modestos para el gobierno. A D. Evilasco Rodríguez se le imponen 10.000 pesetas de multa y destierro que cumplirá en San Sebastián, a D. Teófilo Ortega, 3.000 pesetas y destierro en Briviesca, y otras 3.000 pesetas y destierro en Toro a D. Salustiano del Olmo".

Tras pasar dos noches en comisaría parte hacia Briviesca más entusiasmado que nunca por las ideas republicanas. Al llegar, sorprende a quienes le esperan en la estación por su apariencia juvenil, ya que esperaban encontrarse con un hombre hecho y derecho. En la maleta, lleva las primeras páginas del que será su segundo libro, un estudio sobre Jorge Manrique, titulado "La voz del paisaje", y que, en parte, escribió durante el confinamiento.

## II. EL ESCRITOR (1927-1936)



Mi padre no murió hasta los 59 años, pero su existencia como escritor se reduce a los 10 años centrales de su vida. Esta etapa coincide con el período histórico que transcurre entre las dos dictaduras, la del general Primo de Rivera y la del general Franco. Tiempos aquellos agitados y conflictivos, pero cargados de vitalidad y esperanza. Como en el caso que nos ocupa, ¡cuántas personas, hoy desconocidas para nosotros, iniciarían entonces aventuras truncadas, proyectos ahogados más tarde en el silencio!. En aquellos diez años escribió sus quince libros. Diez de ellos son ensayos de crítica literaria y los restantes tienen un carácter periodístico y político. Al revisar su obra, lo primero que nos asombra es su fecundidad. Realmente vivía para escribir, y todos los demás acontecimientos se diluyen en esta fiebre de creación continua.

Al lado del trabajo incesante, aparece otra característica no menos representativa: la pasión. Su prosa es apasionada, torrencial, envolvente. Los temas también lo son. La pregunta obsesiva sobre la naturaleza del deseo, la angustia desesperada ante la muerte o la emoción entusiasta en la contemplación del paisaje. José López Prudencio, en una crítica aparecida en el ABC en 1930, expresa así la situación vital de mi padre en aquella época: "El autor se encuentra en esa edad dichosa, en que, como dice Ortega y Gasset, "se lee como se vive", todavía no ha llegado ese momento en que aparece la primera línea de nieve y congelación sobre las cimas de nuestra alma".

Aunque sus ensayos giran sobre los asuntos más diversos, en realidad funcionan como pretextos sobre los que proyecta sus obsesiones personales. Aquella afición tan temprana hacia los clásicos, anima sus mejores obras. En 1932 vuelve sobre el tema, para él clave, de la Celestina y publica un ensayo titulado "Hervor de tragedia". En este ensayo integra "El amor y el dolor en la tragicomedia de Calixto y Melibea", añadiendo nuevos comentarios y actualizando el contenido de esta primera obra. El conflicto que plantea La Celestina incide sobre su propio conflicto personal. Una fascinación inevitable hacia el Eros, y a la vez una reacción violenta, culpable contra el propio deseo. Lo que tiene de tragedia la obra de Fernando de Rojas, lo transforma en drama humano su interpretación. No es el destino ciego el que arroja a Calixto hacia la muerte, sino que ésta es la consecuencia lógica de su pasión arrolladora. En su obra posterior, redundará sobre este problema nunca resuelto, construyendo un "ars amandi" contradictorio y apasionado.

"Hervor de tragedia" está inscrita en un lenguaje acompasado y rítmico que a veces nos recuerda a la prosa poética. (Algunos de sus pasajes tienen el ritmo endecasílabo). Si el pensamiento es espontáneo y convulsivo, la palabra, en cambio, se desliza limpiamente, como el agua mansa de un río. Esta ambición de armonía, supone para él la razón de ser de la literatura. El pensamiento no progresa de manera racional, dando origen a esquemas

conceptuales, sino que se mece pausadamente en la repetición paralelística. La prosa adquiere así un tono que está en el límite del poema y de la narración, que pretende crear y no sólo explicar, reescribir de nuevo la obra comentada y acercar al lector esta vivencia peculiar. Como muestra voy a transcribir un fragmento de este libro, que lleva por título: "La cumbre eminente":

*"Hay, en el amplio panorama del mundo, una cumbre eminente. Hacia ella, tan pronto como la hembra y el varón se asoman a la juventud, dirigen todas las miradas. Lo que atrae y domina su atención es algo, cuyo nombre exacto se oculta, que tiene mucho de fuente. Fuente de optimismo y de tristeza; manantial diverso y vario. Además, en torno a la fuente, guardándola escolta, están las flores del precioso jardín. Agua que corre; flores bellísimas; frutos espléndidos. Ya el lector atento habrá distinguido, con mirada limpia y tranquilo pensar, que es el mayor goce lo que allí reside. Es lo que sostiene —sobre la dramática desilusión— la esperanza en todo. Para llegar a esta cumbre eminente nos aguardan, recibiendo de los árboles del camino protectora sombra, paisajes, compañías y aspectos muy gratos. El camino —ya lo dijo el clásico— es bello y divertido; tan bello y divertido que supera, tanta simpatía esconde, a los escasos placeres que la posada brinda. En el camino, imperando la sorpresa en todo momento, nos salen al paso seres, árboles y meditaciones en híbrida pero también atractiva y placentera danza. No es el fuego, en el que se hunde la mirada olvidando el pensar, de la hogareña mansión. Cada paso que se avanza es terreno, para la fértil siembra de emociones, que triunfalmente se conquista. Y sobre todo ello reina, con fortalecedora animación, el deseo de llegar.*

*¡Llegar!. Con sus ojos clavados en la cumbre eminente, dos amantes suben. Su paso es tranquilo y severo. Cuando algo detiene su marcha —reposada, lenta— los ojos se funden y animan. La risa florece con harta frecuencia. Se mueven las manos —escarceos tímidos— gozando con breve anticipo del placer soñado. Y se va a la cumbre. Se llega a lo alto donde se*

*concentra —luz, torrente, viento— la fuerza invencible.*

*Antes de llegar, restando impaciencia a los cuerpos, el camino invita a un suave descanso. Entonces las bocas se unen con rumor de besos. Tras de ellos la ruta prosigue. La cumbre se acerca. Y siguen andando. Siguen caminando con ritmo prudente y humano. Ya llegan. Ya ponen sus bocas febriles en el agua limpia del buen manantial. Ya saben, ya saben —milagro sabroso lleno de misterio— aquellas virtudes graciosas del agua. Ya tienen la sed satisfecha. Ya miran a todo —poder que confía la revelación— con gesto del ser que conoce el secreto. Y entonces sus bocas —primero febriles, después más serenas y frías— vuelven a juntarse. Descienden gozando y riendo. No esperaban mucho de la cumbre alta. Todo consiguieron. Consiguieron todo porque sólo aquello —justa pretensión— que había en la cumbre aguardaban".*

La historia de amor entre Calixto y Melibea termina en tragedia porque ambos esperaban

**TEOFILO  
ORTEGA**

**HERVOR DE TRAGEDIA**

**VIDA, PASION  
Y MUERTE DE  
CALIXTO y MELIBEA**



**ABRE EL LIBRO: RAFAEL MARQUINA  
LE CIERRA: ROSA ARCINIEGA**



**BIBLIOTECA NUEVA**

Portada de "Hervor de tragedia", 1932.

# PARÁBOLA

Cuadernos mensuales  
de valoración castellana

SUPLEMENTO BIBLIOGRÁFICO  
**JUICIOS CRÍTICOS**

EN TORNO A LA OBRA DE



TEÓFILO ORTEGA

M. MÉNDEZ-ORNAMENTO  
IMPRENTA CASTELLANA - VALLADOLID  
1928

Teófilo Ortega, convertido ya en un escritor Nº extraordinario, editado por Parábola, en torno a "La voz del paisaje" 1928.

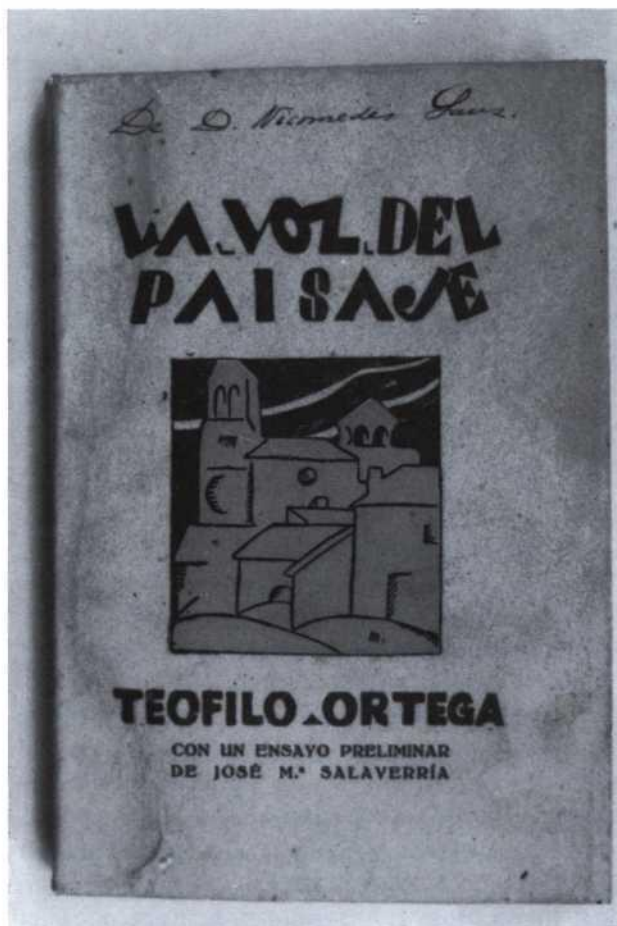
demasiado de la "cumbre", porque su pasión les conducía ineludiblemente hacia el fracaso. Es en esta pasión donde reside a la vez la desgracia y la grandeza de los amantes.

Si la obra de Fernando de Rojas le atrae porque en ella encuentra las mejores definiciones del amor, es en la obra del poeta Jorge Manrique donde proyecta su angustia y temor hacia la muerte. Sobre Jorge Manrique gira el ensayo que lleva por título "La voz del paisaje" (1928), publicado en Burgos por el grupo "Parábola". En "La voz del paisaje" realiza una reconstrucción de la vida y la obra de este gran poeta palentino. El ensayo no trata exclusivamente el tema de las coplas sino que recorre también su poesía amoroso-cortesana y logra darnos una imagen cercana y viva de un autor tan alejado en el tiempo. Según su interpretación, Jorge Manrique fue un inadaptado, que añoró siempre otra vida, más plena y auténtica. Ni la guerra, ni el amor, apagaron en él ese deseo indefinido que le hacía apartarse de los placeres fáciles a los que se entregaban sus

semejantes. Como muestra, puede valer este pequeño fragmento en el que enfrenta al poeta al profundo misterio del deseo:

*La mujer, por haber sido todo para su alma de poeta, no fue nada, o casi nada, para su cuerpo de luchador. Pasó y pasaron ellas como seres de dos mundos distintos y sólo en raras ocasiones —por las historias encubiertas discretamente— alzó, para alcanzar con movimiento varonil el maduro fruto, las manos hacia el bíblico árbol.*

*Más de continuo, para estas aventuras ingenuas por campos y callejas, observó con las bellas, pero humildes hijas de venus, la misma conducta. Aquellas muchachas se hacían adorables. En más de una ocasión con todos sus defectos y su rústica traza, nuestro poeta hubiese dado —precio bien costoso y difícil— por la conquista decidida de sus besos, el mejor y más rico de sus trofeos. Se hacían apetecibles, atractivas, tenían, para la*



Portada de "La voz del Paisaje", 1928.

*pobre carne pecadora, promesas de satisfacción y holganza. Pero no se reservaban para él. Las contemplaba, plenas de seducción y de gracia, en las manos de mozos torpes y salvajes; escuchaba anheloso sus voces y lamentaba, con alguna decepción, que se interrumpiesen cuando sucios y agrestes labios masculinos sellaban con un golpe rudo y brutal cierta bella sonrisa. ¡Los suyos, que habían bebido pureza y perfección en los cielos, eran despreciados y abatidos!. Nunca pudo decir que por amor; por una recíproca necesidad y placer, llegaron hasta él aquellos seres que a otros, más diestros aunque menos deseosos, se acercaban con un amplio ademán de servidumbre. ¡Había traído a la vida, conservándole incólume y limpio, un gesto huraño que despreciaba, con altivo mirar, vanos y fugitivos deleites...!"*

En un estudio posterior, añadido a su obra "Sesenta y nueve años después", relacionará a Jorge Manrique con los poetas arábigo-andaluces, reafirmando este rasgo de inadaptación a la realidad de su tiempo, del poeta palentino:

*"Boaddil, el desterrado y derrotado que por vida, compensando la ausencia de la amada ciudad, pobló su memoria de abundantes y conmovedoras nostalgias, nos recuerda a Jorge Manrique; porque también nuestro poeta —realidad que está al alcance aún del más superficial lector de su obra— soñó, amó, luchó afanosa, casi irreflexivamente, como si bajo el peso de un forzoso destierro quisiera dar libertad a su espíritu para el regreso al país deseado".*

La espiritualidad de Jorge Manrique, entendida como renuncia y como anhelo de una vida más plena, aparece ligada también a la experiencia mística, símbolo del desprecio del placer inmediato, en aras de un goce más profundo, deseable e intenso. Desde muy joven, se había sentido atraído por la obra de los místicos del siglo de oro. En este orden, admiraba ardientemente a Santa Teresa y en el año 1931 escribió un libro titulado "Vuelo y surco de Teresa Sánchez". Lo editó en Valencia Martín Civera, en dos fascículos independientes, dentro de la colección Cuadernos de Cultura. De Teresita

Sánchez, que es como él acostumbraba a llamarla, nos da, de nuevo, una visión personal, lejos tanto de la beatería como de la desmitificación. Le interesa sobre todo la actitud vital de esta mujer activa y rebelde que supo abrir un surco profundo aquí en la tierra y a la vez elevarse en vuelo místico hasta las cumbres más altas. "Acero y nieve" la define, por la aparente contradicción de su carácter. Ve a Teresa como una mujer apasionada, en lucha constante consigo misma y con todo lo que le rodea:

*"Teresa encerraba en sí posibilidades y deseos de amar intensa, absoluta, ardentemente; ella misma nos confiesa ingenuamente las luchas que tuvo que sostener para triunfar sobre las seducciones y desarmar a sus instintos. Porque el espíritu humano es simple espada que puede herir injustamente y que puede defender el atacado. Aquella formidable fuente de amor que nacía de su alma fue favorablemente encauzada por las circunstancias, en derechura de paraísos de renunciación, y no de ávidos prados de goce material. Pero también, pudo aquel caudal de amor, de deseos de poseer y ser poseída, fusionarse, entregarse a las fáciles conquistas de la carne, y entonces en ella, como en tantas desgraciadas mujeres, se hubiese dado ese aborrecimiento a la humanidad que ocasiona la propia infelicidad, y que se trueca, en virtud de ese odio, en obras ásperas, desesperadas, rigurosas..."*

Guillermo Diaz Plaja escribió sobre esta obra: "La lentitud deleitada, la voluta suave, la perezosa comba mental que va trazando en el aire, tienen también tintineos del Azorín de las evocaciones, y sin embargo, todo tiene un regusto de retablo castellano, sobrio y serio. Hay un no sé qué de dorado y de benigno y de penumbroso en todas las páginas en las que beatifica los gestos más increíbles".

El libro, lleno de admiración hacia esta mujer extraordinaria, le originaría durante la Guerra Civil, muchos problemas, pues fue considerado como una obra blasfema, debido a la importancia que concede a la mujer creadora y entusiasta, apartándose de la imagen beata y edulcorada entonces en curso.



La habitación del escritor. Dibujo realizado por su amigo Mariano Cossío para "Nuestra luz en torno".

A estos tres estudios, "Hervor de tragedia", "La voz del paisaje" y "Vuelo y surco de Teresa Sánchez", habría que sumar otros pequeños ensayos diseminados en su obra. Por ejemplo, los artículos sobre el Poema de Mío Cid que aparecen dentro de "Nuestra luz en torno" (1930).

Este libro de artículos recoge también uno dedicado al entonces "joven" poeta vallisoletano Jorge Guillén, con el que había colaborado en la redacción de la revista Meseta.

*"La poesía de Jorge Guillén es un diamante. Como él duro; como él limpio y brillante; como él limitado y ante el paso ligero del lector desatento, también como él cortante a toda ligazón, de todo impuro contacto".*

Este artículo, titulado "El diamante y la cumbre", es todo un alegato en favor de la "poesía pura" tan escasamente asimilada por la crítica del momento.

Pero lo mejor de "Nuestra luz en torno" son tres artículos recogidos bajo el nombre de "Panoramas", en los que se sumerge en una reflexión sobre el carácter y la intimidad del paisaje castellano, tan cercano y querido para él. Esta visión está contrastada con otra, no menos atractiva, pero sí mucho más alejada de su sensibilidad: el horizonte ilimitado del mar.

*"El mar, repetimos, es la naturaleza aparentemente sin límites ni términos; la llanura, al contrario, es para el espectador un círculo cerrado, en el que los caminos pueden contarse con los dedos y en el que no abundan los motivos de decoración. Cuando se camina por la Tierra de Campos —donde yo paseo frecuentemente— la soledad se adentra en el alma y vale exclusivamente porque —abandonando el exterior— poblamos nuestra intimidad con miradas y observaciones atentas. La semilla que cae sobre la llanura produce un árbol. Un árbol que la naturaleza coloca, despojándole de todo medio de defensa, en un frente peligroso y difícil: ante la sequedad del estío, que desnuda prematuramente sus ramas. El pobre árbol queda sujeto allí, arraigado en capas arenosas, sin alimento. El verde vestido de su ramaje se presenta, en la época de su única belleza, pobremente desfigurado por la polvareda que levanta el viento tormentoso. Nacer en la llanura y ser prisionero de ella es lo mismo. Se necesita de un esfuerzo tenaz para romper con sus raíces, su pasado, y caminar ligeros y ágiles por otras rutas".*

Muy bien se podría identificar él mismo con ese árbol desvalido, vencido en su aspiración ascensional. Tampoco él supo nunca como arreglárselas para romper con un entorno asfixiante en el que difícilmente podría caminar con ligereza. Al sentimiento de temor, de miedo a la mirada de sus semejantes, se une un profundo terror ante el misterio de la muerte, que él siente como amenaza cercana y presente ya desde su juventud. Quizás para conjurar estos fantasmas, trata este tema en su libro "La muerte es vida" (1929) que escribe cuando sólo tenía veinticuatro años.

"La muerte es vida" es una larga meditación sobre el sentido que la muerte puede cobrar

para la vida del hombre. En su deseo de afirmar el carácter benigno de aquélla, recorre el pensamiento de distintos autores: los místicos, Santa Teresa y San Juan; los clásicos, Sócrates y Platón; y otros pensadores españoles como Calderón, fray Luis, Orozco, Pérez de Cuellar, etc. Pero las respuestas tranquilizadoras no acaban de convencer ni al lector ni a él mismo. Al final, el misterio se alza con igual dramatismo que al principio. Es lo que le lleva a afirmar que el título debería haber llevado una interrogación.



Portada de "La muerte es vida". Dibujo del ilustrador italiano Bartolozzi, realizada expresamente para la edición de este libro.

Esta pregunta ¿la muerte es vida?, seguirá planteándose siempre, como revela, por ejemplo, este pequeño fragmento de un libro posterior:

*"Libranos, señor, de este conocer nuestro gusto de vivir y la irremediable coyuntura, que resuena en todos los seres, de perderlo. Pace el animal descansada y gustosamente en tanto se prepara el cuchillo que ha de cortarle la vida.*





Teófilo Ortega en el despacho, ante su biblioteca.

*Nuestras existencias, por el contrario, transcurren embriagadas de acción o de pasividad, de alegría o de pena, pero todo ello igualado con vil rasero por la convicción de que nuestro fin es inevitable. Si la muerte no nos quitas, señor, borra al menos su presencia en nuestra memoria. Arranca de cuajo de nuestro cerebro la idea de nuestro fin e iguálanos a la bestia que pace serena y pacientemente momentos antes de que se la mate. Haz que la misma muerte se confunda con la vida y parezca su filo, al adentrarse en la carne, más el roce de una caricia que el mordisco de una desgarradura. Danos la vida plena y eterna, la perduración absoluta de la carne y el espíritu, o abrímanos, ciéganos en la tiniebla salvadora del animal. Todo menos esta luz serena y esta visión sin obstáculo para la que nada existe oculto. Muéstrate, señor, a nuestros ojos o confúndenos. Si extingues la vida, sofoca también este gusto y esta fiebre de vivir. Haz que vayamos hasta tí sin angustia, bien amparados contra las dentelladas de la incertidumbre”.*

(Teófilo Ortega, 1932)

Este clasicismo de su obra, tanto en la elección de los temas como en el estilo, cuidado

y pulcro, no supone una actitud extraña a las tendencias literarias de la época. Es más, el gusto por las formas y la vuelta a la tradición, se consideraba entonces como un gesto vanguardista. Un año antes de la aparición de “La voz del paisaje”, en 1927, un grupo de jóvenes poetas había protagonizado, en el centenario de Góngora, este mismo anhelo de formas clásicas a las que dotan de un nuevo aliento. En la introducción al número extraordinario editado por Parábola sobre la obra de mi padre, Eduardo de Ontañón afirmaba: “En principio, nos hemos alejado de todos los clásicos por excesivamente adustos, hurañamente retóricos. Después, un poco serenada nuestra labor, hemos ido acercándonos a los más puros, a los más difusamente sencillos. Iba siendo necesario que un espíritu de hoy, un joven auténtico y temperamental, nos diera la fórmula, más rápida para llegar a ellos. La fórmula más jubilosa y concisa, al mismo tiempo”.

De todas formas, aún coincidiendo cronológicamente con la “generación del 27”, con cuyos miembros colaboró en revistas como Meseta, La Gaceta Literaria o Parábola, su estilo está más cerca de la generación novecentista. La admiración que sentía por la obra de Ortega y Gasset, Gabriel Miró o Juan Ramón Jiménez, y su amistad con Eugenio d’Ors, así lo confirman. Le

faltaba, para conectar con las vanguardias, el talante atrevido y algo rebelde en el que se basa la actitud renovadora de estos grupos. Su pasión se dirige más bien hacia la revisión y actualización de la tradición clásica, donde reside, según él pensaba, la fuente de toda sabiduría. Esto no quiere decir en absoluto que sea ajeno a las distintas tendencias renovadoras de la literatura de su tiempo. No hay que olvidar que era un gran lector, y otros autores que conoce por entonces, le impresionan y dan origen a ensayos originales. Por ejemplo, la obra del psicólogo vienés Sigmund Freud, traducida muy pronto al castellano. Ya he explicado la importancia que adquiere para él el problema del erotismo. Pues bien, la teoría freudiana de la sublimación del deseo como origen del arte y de la cultura, dota de una forma y un lenguaje al pensamiento que había ido apareciendo en sus libros anteriores. Supone una confirmación de ese "ars amandi" que había ido creciendo al filo del estudio de los místicos o de la Celestina. El deseo sexual, del que ya algunos se atreven a hablar directamente, puede ser fuente de creación, de elevación del espíritu. Es, al menos, el estiércol donde crece la rosa. En su libro "Introducción al psicoanálisis" (1934) afirmará:

*"El impulso sexual es así. No lo tenebroso, sino la fuente de toda luz. Nadie nace sin ese caudal que le permite gozar en la vida o sublimar su goce creando para los demás cuanto en la vida exterior e íntima existe en pie. Estiércol, si queréis, repito, pero en realidad la causa de que rosas se de al aire y al sol con frescura robusta. Todo el mover de nuestras existencias se hace posible por ese hundirse en la tierra su raíz; en esa tierra que es más propicia cuantas más inmundicias posee. Hay que poner a nuestros pies lo que nos avergüenza, sin miedo de pisar sobre ello. En el pequeño mundo del organismo humano está la magnífica máquina cerebral, el impulsivo y alocado corazón, y la portentosa circulación sanguínea. Hay bellísimos y delicados órganos cuyo funcionamiento tanto preocupa como maravilla. Pero no todo es bello y limpio. Transportamos, hombre y mujer, una sentina. Cerca de ella el lugar que hace posible la perduración. Tan cerca, tan cerca, y sin embargo en muchos media un abismo. Es precisamente donde se halla en todos el*

*estiércol. Pero es en unos estiércol que sube hacia los ojos, que ha inundado el corazón y empecinado las manos. En otros, el abismo existe. El estiércol permanece en su destino de abono y arriba, en los ojos, dominando el corazón, se prenden las rosas. Arte, religión, ciencias, trabajo, sacrificios..."*

El mismo año en que aparece "Introducción al psicoanálisis", publica otro libro sobre un tema semejante, pero en un estilo más personal e íntimo, me refiero a "Quejumbre hacia Dios" (1934). El título alude a la queja que el autor eleva hacia Dios por lo que considera como el gran error de la creación. Dios ha dotado al hombre de un deseo avasallador e imperioso, y le ha dado para desarrollarlo un órgano que le hunde en la suciedad y la culpa. Propone, simbólicamente, a Dios que resuelve el dilema. El acto sexual debería ser placentero y limpio como la contemplación de la obra de arte, que inunda de luz el espíritu y la carne. Esta es la idea que tan bellamente formula en un capítulo de este libro, titulado "Corazón entre llamas":



Teófilo Ortega, 1933.

*"Un monasterio tiene, como el organismo humano, su cerebro, su estómago, su corazón. En la pétrea organización la equivalencia del corazón le corresponde al claustro. Allí se busca tanto el oxígeno como se estima la favorable posibilidad de una captación y desenvolvura ideológica. Al rostro corporal le satisface el baño en el aire puro, y al rostro del espíritu le complace la ruptura de la fortaleza del monasterio, a través de la salida a la luz que es el claustro, porque así sus ojos en las otras horas, fijos en el suelo, trotan gozosa e infantilmente por los panoramas ilimitados de los dos cielos; el celeste —perdonad la redundancia— y el otro*

*cielo del jardín. Que tantas estrellas tiene el cielo como flores, aunque descuidadas por la mano del hombre, el pequeño jardín.*

*En este monasterio de San Zoil, en Carrión de los Condes, he cobrado la fotografía que verá el lector reproducida y que considero afortunada. La máquina ha servido admirablemente al fin propuesto. Quería detener y hacer perdurar en ella, no sólo mi emoción ante el claustro, sino también el paisaje que la circunda. Y esto no era fácil a no ser acompañando esta fotografía de otra de nuestros característicos paisajes en los que, bajo las innume-*



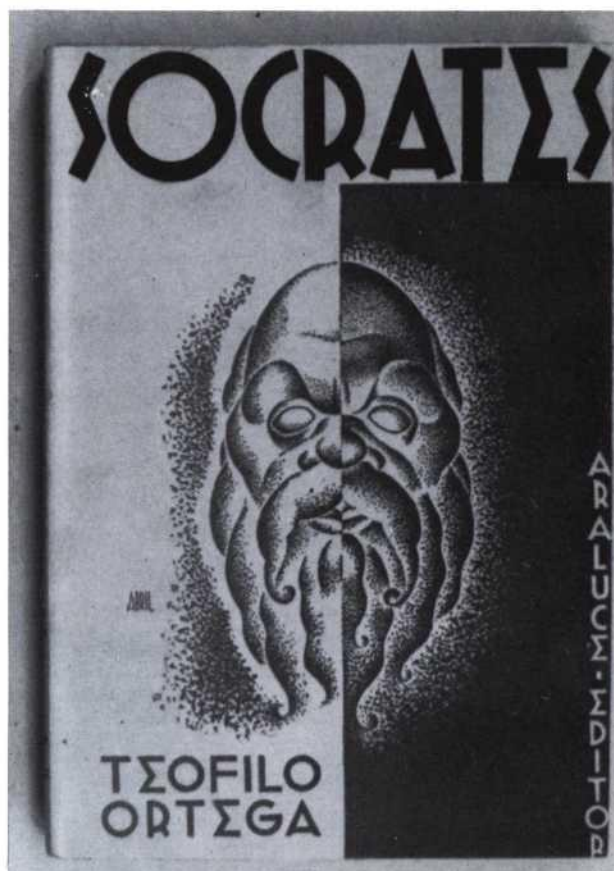
Esta es la fotografía del claustro del Monasterio de San Zoil, a la que alude en su artículo "Corazón en llamas".

rables lanzadas del sol, apenas destacan unos arbolillos que representan en la sequedad del conjunto, lenguas tendidas hacia el azul, suplicando la lluvia. La hora propicia en que una parte del claustro toma luces de un haz de aventurados reflejos me da resuelta la dificultad. En esa fotografía está el claustro nimbado de luz. Es un corazón en llamas. En el fondo se columba un jardín. Cuando uno ve un jardín por tierras de Castilla se considera deliciosamente trasportado. Pero aquel rápido e inconsciente raptó cesa tan pronto como la mirada, azuzada por la avidez, mira lejos, más lejos. En torno, las tierras arden en verano, o se estremecen en invierno, dando una exacta representación de su abandono.

Contemplando la realidad y ahora ese traslado fotográfico relativamente estimable, se piensa en la posibilidad de un goce sexual tan perfecto, tan íntegro, que en él entrasen a formar parte, sobre todas las presencias y actuaciones de la carne, esta sensación proveniente de la carne también, pero también nacida en el alma, que corre por todo el ser al apoderarnos del amplio contenido emotivo del claustro, herido dulcemente por mil y una cuchilladas de sol".

Además de la tradición mística cristiana, otras ideas vienen a confirmar esa inclinación suya hacia el rechazo ideológico del placer exclusivamente carnal. Me refiero a la teoría platónica del amor, expresada en "El banquete". El platonismo es otra de las constantes de su pensamiento. En él se asienta su idea de la naturaleza del placer artístico y del bien como sabia renuncia a la posesión del objeto deseado. El último de los libros que publicó antes de la guerra civil, a finales de 1935, lleva el título de "Sócrates" y trata de lleno estos temas.

Si comparamos la obra comentada hasta aquí con sus libros de carácter político, dejaríamos a estos últimos en una clara desventaja. Nacidos en la urgencia de las colaboraciones periodísticas, el tiempo les ha ido restando interés e importancia. No hay que olvidar que durante estos diez años colaboró incesantemente en numerosos periódicos. "El Norte de Castilla", por ejemplo, llegó a ser para él como su



Sócrates, 1935.

verdadera casa. Allí contó con grandes amigos. Es en "El Norte" donde aparecen las primeras críticas de sus libros y son sus compañeros en las tareas periodísticas los que prologan sus obras principales: Francisco de Cossío, Royo Villanova, Rosa Arciniaga, etc. Colaboró también en periódicos nacionales de ideología tan diversa como "El Sol", "El Debate", "La Libertad", "ABC", "Informaciones", etc. Sus artículos aparecían además en revistas que fueron muy importantes durante la república, como "La Gaceta Literaria" o "La Revista de las Españas". En 1934 era corresponsal de "El Imparcial" y de "El Norte de Castilla". Fruto de esta labor son libros como "¿A dónde va el siglo?" (1932), y "España busca un camino" (1935). El primero, animado por un enorme fervor republicano, tiene un prólogo de Romanones y un epílogo de Anrés Nín, el dirigente troskista catalán. También figura dentro de "¿A dónde va el siglo?" un estudio del sindicalista Pestaña. En el segundo, "España busca un camino", se nota ya la decepción ante el rumbo que la política española toma en los años finales de la república. Los dos tienen la estructura de una



## ESCAPARATE DE LIBROS



Jiménez Caballero



Doctor Fernán Pérez

Francisco Camba



Teófilo Ortega



Marqués de Dosfuente

*"Aprendamos los españoles en nuestra hora en cabezas ajenas. Salvada España de las manos infantiles de los soñadores; de nuevo España íntegra, respetada, auténtica, no caigamos en la tentación de hacerla imperial y dominadora, ni en la cobardía de darla un amo, ya que con tanto dolor la hemos visto librarse de la servidumbre".*

Con el mismo esquema que ha seguido para la elaboración de sus libros políticos, compone una obra puente entre los dos géneros: el tema es literario y el estilo es periodístico. Se titula "Sesenta y nueve años después". Este libro, que alude en su título el año 2000, gira alrededor del tema del destino del teatro en España. En el artículo que sirve de introducción, acierta a pronosticar la necesidad de una mayor participación del público y la preponderancia del montaje sobre el texto dramático. El fantasma del cinematógrafo, ese joven invento que le entusiasmó desde el principio, se cierne como el gran competidor del teatro como espectáculo de masas. El resto del libro lo componen las respuestas que distintos autores dan a una encuesta elaborada en este sentido.- Así, aparecen textos de Francisco Ayala, Jiménez Caballero, Antonio Machado, Francisco de Cossío, entre otros.

La actividad intelectual que desarrolla durante estos diez años trasciende también a su vida pública. A pesar de ser una persona solitaria y

reducida a su ámbito interior (apenas salía de Palencia), sus aficiones literarias le impulsaron a participar en numerosos proyectos de carácter cultural. A su participación en los ateneos de Valladolid y Palencia, habría que añadir la pertenencia a sociedades como la de "Amigos del País" o al "Club Rotario". El anhelo de dotar a su ciudad de una vida cultural le llevó colaborar en la "Sociedad de Estudios de Palencia", mientras fue alcalde Pablo Pinacho, un amigo de tertulias e inquietudes. Fuera ya de los límites locales, participó en los proyectos literarios que, en las provincias vecinas, acometían por aquellos años los distintos grupos de escritores jóvenes. De ahí sus colaboraciones en revistas como "Meseta", de Valladolid; "Parábola", de Burgos; o "Manantial", de Segovia. "Meseta" era la mejor revista literaria de la región castellana. Fundada por los poetas Luelmo y Paco Pino, fue el portavoz de los mejores autores del 27. Mi padre es uno de los pocos prosistas que colaboran en ella desde su primer número.

Con "Parábola", su relación fue aún más estrecha. Fue este grupo el que acometió la publicación de "La voz del paisaje", e incluso le dedicó un número extraordinario en el que se recogen las críticas aparecidas en diversos periódicos sobre esta obra. A "Manantial" le lleva su amistad con Alvarez Cerón, el director de la publicación. Esta revista estaba muy relacionada con la Universidad Popular de Segovia. El año 1928, mi padre viajó a esta

## «Sesenta y nueve años después. Panorama escénico en el año 2000»

Teófilo Ortega, escritor castellano que a pesar de su juventud constituye hoy uno de los exponentes de la conciencia de Castilla, ensayista de rango, prosista profundo y de estilo elegante, acaba de dar a los escaparates de las librerías ese nuevo volumen.

Su título es bastante expresivo de lo que contiene. Un estudio de la evolución del teatro y una hipótesis de lo que será a principios de siglo el espectáculo dramático. Teófilo Ortega no se ha contentado con glosar personalmente el tema, sino que ha interrogado a diversas personalidades relacionadas con las candilejas. Así, además de sus propias palabras, Ortega ha reunido las de Antonio Machado, Tomás Borrás, Mechor Fernández Almagro, Antonio de Obregón, Francisco Martín y Gómez, Giménez Caballero, Francisco Ayala, César Juarros, Luis



Teófilo Ortega, autor del interesantísimo libro Sesenta y nueve años después. Panorama escénico en el año dos mil.

Alonso, Angel Lázaro, Quiroga Plá, Felipe Ximénez de Sandoval, José del Río Sainz, Pedro S. Neyra, Alberto Insua, Guillén Salaya, Jorge Guillén, Antonio Espina, Juan Lacomba, Rafael Marquina, Francisco de Cossío, Valentín Andrés Álvarez, etc., etcétera.

Resulta el nuevo, interesantísimo libro, un cuajado análisis de lo que es y de lo que promete el teatro en su próximo futuro. Todas las ideas modernas están contenidas y examinadas—criticadas—en él, y la agudeza y la fantasía de los colaboradores han compuesto una visión diferente y renovadora del nacimiento de un espectáculo que ha de resultar de la actual escena combinada con el cine, la radio, etc.

No sólo las personas que dedican al teatro sus actividades, sino los lectores en general deben leer esta obra, que resume y compendia las nuevas estéticas teatrales y abre los ojos a horizontes inesperados.

Teófilo Ortega, discípulo de Unamuno en la fuerza ideológica y en la sobria aristocracia de su prosa, ha escrito el volumen sensacional que necesitan todos los perezosos del teatro para sacudir su sensibilidad. Y entre esos perezosos, no sólo se cuenta el público, sino los creadores, autores y farduleros.

ciudad para pronunciar una conferencia en dicha universidad. A su lado estaban sentados Alvarez Cerón y don Antonio Machado. El conocimiento que trabó allí con este poeta al que admiraba tanto, motivó un pequeño estudio que publicaría años después.

Su obra ya numerosa y generalmente muy bien acogida por la crítica, hacia sugerir a todos sus amigos la conveniencia de que saliera de su aislamiento y viajara a Madrid, justo en el momento en el que la capital de España era un hervidero cultural. Pero él, por unas u otras razones, nunca se decidió a hacerlo. Esto no impedía que su nombre fuera conocido y que sus libros se hicieran merecedores de cada vez mejores y más variadas críticas. Firmas como las de Benjamín Jarnés, Jiménez Caballero, Guillermo Dias Plaja, José María Salavarría o Gomez de la Serna le dedicaron los más encendidos elogios. El agradecía infinitamente estas palabras que le animaban a seguir escribiendo. Hay un momento en que empieza a sentirse seguro. El eterno dilema de la encrucijada, de la elección imposible, parece ya en vías de resolverse. El destino que intuía inscrito platónicamente en su alma, se está cumpliendo. Se siente un escritor. El patito feo, que soñaba llegar a ser un cisne de blancas y aristocráticas plumas, se acerca cada vez más al lago prometido. En 1932, escribía:

“Y a mis veintiséis años, con obras, amigos y consideración social, que nunca

*Sr. Don Teófilo Ortega.*

*Querido amigo:*

*Mil gracias por sus*

*preziosos mandados de cultura que he leído y releído con deleite.*

*He estado largo tiempo enfermo, y como no estoy completamente bien.*

*De esta modo hubiera pasado por Salamanca y teniendo el gusto de saludarle en persona.*

*Reciba un cordial abrazo de su viejo amigo*

*Antonio Machado*

Carta autógrafa de Don Antonio Machado.

pude llegar a imaginar, no obstante me hallo en aquel grato estado que una ciega, y reflexiva inclinación parecía vislumbrar y señalarme. Y miro el porvenir como una formidable tarea que me obliga a renunciar a éxitos y satisfacciones fáciles para lograr conquistas que no puedo comprender, que mi destino me forja aunque no me explica. Siento cerca de mí la copa que he de apurar hasta las heces. Y aún con la amargura y el dolor, venciendo el desaliento me digo: —Pues cúmplase. Oponerse al destino es poner frente a frente, en

trágico juego, a una débil barquilla entre las olas del mar bravío”.

En 1933 aparece el primer libro de crítica sobre su obra. El padre Félix García publica “Primavera en Castilla”, en el que analiza conjuntamente a estos dos autores: Teófilo Ortega y José María Salavedría. Su foto aparece en los periódicos entre los escritores más conocidos del año. En la publicación humorística “Gracia y Justicia” se publican, por ejemplo, estos ripios en los que se le cita al lado de autores como Baroja, Valle-Inclán o Unamuno:



Portada del Blanco y Negro de 1931, realizada por Penagos. En esta revista colaboró asiduamente Teófilo Ortega.



Se van a veranear  
 las gentes del gayhablar.  
 Esto me da en la nariz  
 viendo ir al polo a Sanchiz.  
 Trabaja con gran paciencia  
 Teófilo Ortega en Palencia  
 y porque la gente lea  
 se ocupa de Melibea.  
 En Madrid toman sorbetes  
 las gentes en los banquetes.  
 Baroja ya está en Vizcaya  
 bajo la sombra de un haya  
 todo mohíno y boinoso  
 escribiendo cauteloso.  
 Don Manuel, que no va a Lugo,  
 seca a su apellido el "jugo".  
 Don Ramón, aunque gallego,  
 se va al Brasil veraniego,  
 y esto no da más de sí  
 pasando el verano aquí.

El sigue en Palencia, asistiendo por las tardes a la tertulia que en el bar "Palentino" frecuentan sus amigos Eugenio del Olmo, Peñalba, Roque Nieto Peña, Luis Valle Abad, Manolo Méndez, etc. nunca pudo desligarse del negocio familiar en el que trabajaba y debía cumplir un horario estricto. La posibilidad de vivir de lo poco que la literatura y el periodismo le reportaba, se hacía aún más difícil si contamos con que a los veinticinco años ya fundó una familia. En 1930



Teófilo y Victoria, recién casados.

Núm. \_\_\_\_\_

Su Excelencia el Señor Presidente de la República ha tenido a bien otorgar a V. la *Encomienda* de la Orden de Isabel la Católica, de conformidad con el art. 11 del Reglamento de la misma.

Lo que me complace en comunicar a V. para su conocimiento y satisfacción, advirtiéndole que, para poder ostentar las insignias de la Orden, habrá de obtener previamente el correspondiente Título, conforme a las adjuntas instrucciones.

Señor *Don Teófilo Ortega*

Notificación de la concesión de La Encomienda de Isabel la Católica.

se casa con Victoria Torres Ojeda. Era Victoria una jovencita ingenua y simpática, aunque algo tímida. Muy aficionada a la música. Sus amigos la recuerdan al lado del piano, del que debía ser buena intérprete. Victoria Torres pasó con mi padre algunos de los mejores años de su vida, pues en ese momento nadie podía sospechar el trágico desenlace que este matrimonio iba a tener pocos años más tarde. Todavía los proyectos se agolpaban en su mente, llenos de pasión y de vida, sin que circunstancias externas amenazaran con destruirles. Con ella tuvo dos hijos, Teófilo y Juan. Así pues, mi padre era al finalizar esta etapa, una persona llena de responsabilidades. Su apariencia física también era muy diferente de la de ese muchacho que a los veinte años llegó a la estación de Briviesca, deportado por la dictadura. Había engordado y las primeras y precoces canas poblaban su cabeza, dándole un aire adulto y grave.

En los últimos años de la república, su participación en todo género de publicaciones se multiplica. Una de sus obras es escogida por una universidad americana como libro de texto para los estudiantes de español. Aparecen

críticas en distintos países sobre sus libros. Incluso funda una agencia periodística llamada "Escritores españoles e hispanoamericanos reunidos". Esta agencia distribuye colaboraciones por toda hispanoamérica y gracias a eso el nombre de Teófilo Ortega se puede encontrar en periódicos argentinos, chilenos, mexicanos, etc.

Estos éxitos, en un hombre que acababa de cumplir los treinta años, le podían haber reportado una gran confianza en sí mismo, y un carácter optimista y alegre. Pero a pesar de la afabilidad con la que trataba a sus amigos, siempre conservó una reserva, una extraña desconfianza hacia sus semejantes, más propia de los seres que han sufrido grandes desengaños. Escribe, en este sentido, en 1932:

*"Cuando intentes conseguir algo no lo expreses. El mundo se afana en ahuyentar la presa, cuanto más deseo ve de cazarla. Hay que ir en la vida con un gesto de hastío, con una como carencia de aspiraciones y así, despectivos e indiferentes, conseguiremos que quienes nos rodean no alejen la caza. Hay que poseer, que persuadir, que alzarse sobre los hombros de la vulgaridad sin que la estúpida fiera dormida en ella, se despierte. Suave, silenciosa, modestamente. Como si no fuera en ello lo mejor de la vida..."*

Nosotros, que conocemos los acontecimientos que en los años posteriores van a sucederse en su vida, podemos ver en el texto un tono de premonición, porque anticipa, como sospecha, algo que el tiempo desgraciadamente ha de confirmarle.

En premio a una labor tan intensa, el gobierno de la república le concede en 1935 la Encomienda de Isabel la Católica. Con este motivo, sus amigos de Palencia le ofrecen un homenaje que se celebró en el hotel Iberia el uno de enero de 1936. Al día siguiente aparece esta nota en "El Norte de Castilla": "El domingo se celebró en Palencia el banquete ofrecido a nuestro distinguido colaborador Teófilo Ortega, con motivo de haberle sido concedida la Encomienda de Isabel la Católica. Esta recompensa representa el reconocimiento oficial para la obra brillante que, en exaltación de los valores castellanos, viene desarrollando con sus libros y artículos periodísticos. Las largas mesas del hotel Iberia

se llenaron de comensales. El Norte de Castilla, identificado con los triunfos de Teófilo Ortega, se asoció al acto con todo cariño, siendo representado oficialmente por José Antonio Santelices. En la mesa estaba el presidente de la diputación señor Nájera, el alcalde señor Del Olmo, Unamuno (hijo), don Eugenio del Olmo, don Pablo Pinacho y el doctor Bañuelos. Hubo numerosas adhesiones, entre ellas las de Jacinto Benavente, don Santiago Alba, Tomás Borrás, José María Salaverría, Gregorio Marañón, etc."

## Banquete en honor del escritor palentino Teófilo Ortega

### Discursos en elogio de su personalidad

El domingo se celebró en Palencia el banquete ofrecido a nuestro distinguido colaborador, Teófilo Ortega, con motivo de haberle sido concedida por el Gobierno, la Encomienda de la orden de Isabel la Católica. Esta recompensa representa el reconocimiento oficial para la obra brillante que, en exaltación de España, y muy especialmente de los valores castellanos, viene desarrollando con sus libros y artículos periodísticos. Y fué ocasión propicia para que la ciudad de Palencia, con la presencia de las primeras autoridades y de representaciones dignísimas de todos los sectores sociales, rindiera a Teófilo Ortega un tributo merecido de admiración y simpatía. A través de toda su gran labor literaria ha procurado siempre Ortega mantener su fervor por Castilla y sus vínculos espirituales con Palencia, preciándose de ser un escritor castellano y palentino.

Las largas mesas colocadas en el comedor del hotel Iberia se llenaron de comensales.

EL NORTE DE CASTILLA, identificado con los triunfos de Teófilo Ortega, se asoció al acto con todo cariño, siendo representado oficialmente por el consejero don Jerónimo Arroyo, y por nuestros compañeros Eduardo López-Pérez y José Antonio G. Santelices.

Desde Valladolid se trasladaron también a la vecina ciudad para asistir al banquete, otros amigos de Teófilo Ortega, entre los cuales figuraban el catedrático y publicista don Misael Bañuelos, el poeta y escritor don José María Luelmo — nuestros colaboradores — y el abogado don Carlos Calvo Ubierna.

En la mesa presidencial, rodeando a Teófilo Ortega, estaban el gobernador civil de la provincia señor Vidal Poyos, presidente de la Diputación señor Nájera, alcalde de la ciudad señor del Olmo, miembros de la comisión organizadora señores Calderón (don Santiago), Unamuno, del Olmo (don Eugenio) y Pinacho, y don Misael Bañuelos.

El hotel Iberia sirvió con todo esmero un selecto menú. Al descorcharse el champán, pronunciaron elocuentes discursos en elogio de la obra de Teófilo Ortega, en alabanza de sus dotes personales y en pronóstico de sus grandes triunfos futuros, los señores gobernador civil, don Eugenio del Olmo, don Rafael Navarro, don Jerónimo Arroyo y don Misael Bañuelos.



(Foto archivo NORTE)

El homenajado expresó su gratitud con palabras muy sentidas y emocionadas.

Todos los oradores fueron muy aplaudidos, y Teófilo Ortega recibió una calurosa ovación que confirmó la significación y sinceridad del acto que se celebraba.

Se leyeron también las adhesiones recibidas, entre las cuales figuraban las siguientes:

Don Jacinto Benavente, don Santiago Alba, don Tomás Borrás, don José María Salaverría, don Manuel Rico Avello, ministro de Hacienda; R. P. Félix García, don Javier Morata, gobernador civil de Madrid; don Antonio Royo Villanova, don Gregorio Marañón, señor obispo de Burgo de Osma, don José Martínez de Velasco, don Emilio Díaz Caneja, don Jacinto Altes, don Nicomedes Sanz y Ruiz de la Peña, don Ricardo Cortés y otras muchas.

### III. LA CAIDA (1936-1941)



Ceremonia de la imposición de la Laureada de San Fernando al Caudillo.

Seis meses después de que el gobierno de la república le concediera la Encomienda de Isabel la Católica, se produce el golpe militar del general Franco. En Palencia, la guerra se contempla desde la retaguardia pues apenas hubo resistencia popular al pronunciamiento. Algunos de sus amigos marchan al extranjero sin que vuelva a verlos nunca. Otros, menos afortunados, como Peñalba, José Antonio Santelices o Eugenio del Olmo, mueren en la confusión de los primeros meses de guerra. Las noticias que llegan de Madrid tampoco son más halagüeñas. Ramiro de Maeztu, Federico Santander, también son fusilados, en este caso con argumentos ideológicos bien diferentes. El mismo mes de julio, que mi padre vive entre el temor y la tribulación continua, un grupo de jóvenes falangistas palentinos le visita en su casa para pedirle una rápida definición política. Su respuesta es apresurada y tajante: se pone a la entera disposición del Movimiento Nacional. Sólo su familia y las escasas personas que gozan de su confianza, saben que esta afirmación no es sincera. Como Marañón, Eugenio d'Ors, Manuel Machado y otros muchos intelectuales se integra en la Organización de Propaganda fascista. Acto seguido le llega el nombramiento como Delegado de Prensa y Propaganda de Palencia. El temor a las sospechas de los que habían conocido su trayectoria anterior, le lanza a una labor de camuflaje intensísima. Escribe artículos en numerosas revistas del talante de "Jefatura", "Labor", "Afán", etc., y colabora directamente en la organización de la emisora

provincial. Al temor y acoso político se une la tragedia familiar. Su mujer, Victoria, muere inesperadamente en 1937, cuando iba a dar a luz su tercer hijo. Este hecho le deprime y aísla todavía más. Con dos hijos pequeños, la muerte de su mujer en plena juventud acentúa su sentimiento de desamparo e impotencia.

Un año más tarde, en 1938, se inicia un expediente contra él por responsabilidades políticas que, después de muchas dificultades, logra paralizar. Pero en el 39, recién terminada la guerra civil, se le vuelve a incoar expediente. La denuncia, en principio anónima, de tres conocidos palentinos, le acusa de ser liberal, comunista, masón, etc., etc., "de haber participado en ateneos y haber recibido la Encomienda de Isabel la Católica". También toman nota los denunciantes de los artículos publicados en "El Norte" antes de 1934, en los que, a su juicio, se mofaba de las ideas y signos externos del fascio italiano. Por esos mismos días, en el escaparate de un conocido bazar de la calle Mayor, se exponen dos de sus libros al lado del siguiente rótulo: "ASI ESCRIBIAN LOS ROJOS". Este anuncio, en tan peligrosos momentos suponía una clara intención delatoria y da cuenta del clima de hostilidad y amenaza en que se vió envuelto en esos instantes. En la defensa, alega mi padre sus últimas colaboraciones en periódicos del Movimiento, y la publicación del libro "Romances en prosa de la guerra azul", extenso panfleto que escribió precisamente con este fin exculpatorio.

El proceso se paraliza y otra vez vuelve a dormir tranquilo. Por otra parte, sabe que cuenta con la protección de Serrano Suñer, que repetidas veces le ha propuesto para cargos de responsabilidad dentro del aparato de propaganda falangista, siguiendo su tendencia de captación de intelectuales y artistas que dieran al movimiento un apariencia respetable. En 1936 Serrano Suñer le pide que entre a formar parte de la Junta Nacional de Prensa y Propaganda, y en 1937 le invita a organizar el Museo de la Revolución Nacional. Un año después, el jefe nacional de Bellas Artes le ofrece el cargo de Oficial Mayor del Instituto de España. Estos "honorarios" son rechazados por mi padre repetidamente, pues su deseo no es el de hacer carrera, sino el de librarse del acoso al que le someten las denuncias anónimas. Esta también

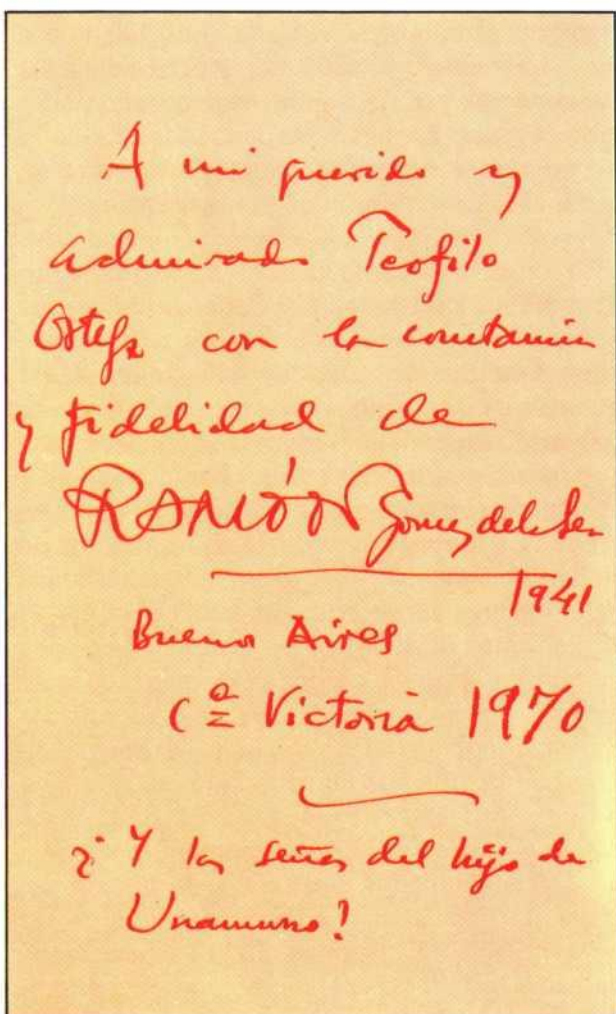
es la razón de que, a pesar de lo fácil que era descollar entonces en el campo de las letras, pues la mayoría de los intelectuales de este país habían huido al extranjero, él se fuera retirando paulatinamente de su trabajo como escritor. El mundo al que pertenecía había desaparecido, y ya no tenía edad, ni ganas, de volver a empezar.

En aquellos años, también contó con escasos pero buenos amigos. Por ejemplo, el periodista y escritor Dámaso Santos, que entonces era todavía un jovencito al que daba consejos y animaba a afianzarse en el mundo de la literatura. Dámaso Santos nunca entendió porque Teófilo Ortega había dejado de publicar, y en repetidas ocasiones le animó desde su columna a que retomara su labor de escritor. Otro de sus amigos durante la postguerra fue el arquitecto Luis Carlón. Carlón hizo el proyecto del cine "Ortega", negocio al que mi padre se entregó y en el que puso muchas de sus ilusiones.

Su padre, Alejandro Ortega, tuvo que sortear algunas dificultades hasta que llegó a inaugurarle, pues había una corriente de rechazo a que la empresa comenzara durante la guerra. Pero el cine se inauguró al fin en contra de los que pensaban que iba a ser "un cine soviético", por su estructura y la capacidad que tenía de acoger a las masas, y mi padre dirigió la empresa desde su creación hasta que murió muchos años después. Por el "Ortega" pasaron las mejores compañías de teatro nacionales y para él supuso una relativa liberación del almacén de comestibles que hasta ese momento había sido el único negocio familiar.

En 1941 publicó sus dos últimos libros, "Agua viva" y una edición del poeta valenciano Gómez Manrique que salió en Valencia. Las publicaciones posteriores a la guerra civil aparecían con la firma de Teófilo Ortega Matilla, pequeño matiz que las diferencia de las obras publicadas durante la república. Otras veces firma con el seudónimo de Alonso de Palencia, y es posible que utilizara otros seudónimos que ahora nadie recuerda ya. En 1941, cesa totalmente su labor periodística, sin que vuelva a retomarla nunca.

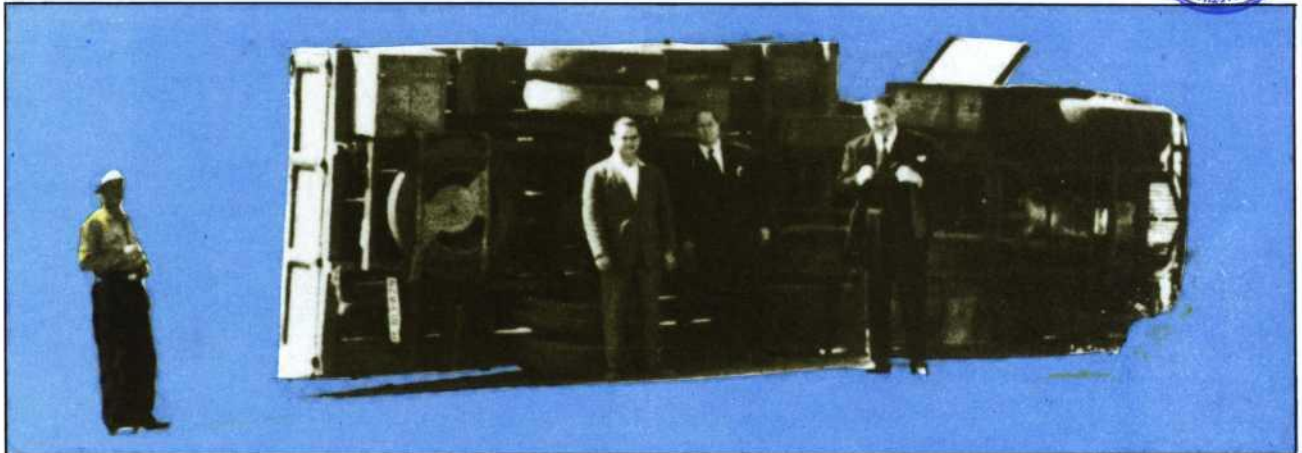
Haciendo balance de estos años, podía sentirse feliz de haber salvado la vida, en una época en que lo más fácil era perderla, pero había muerto el escritor.



Dedicatoria autógrafa de Gómez de la Serna a su libro "Retratos contemporáneos".

Escrita en tinta roja sobre papel amarillo, como el solía hacerlo desde el exilio.

## IV. EL SILENCIO (1941-1965)



Uno de los camiones del almacén, volcado en la carretera. Teófilo Ortega en el lugar del accidente.

A partir de entonces, su vida transcurre sin demasiados acontecimientos. Ya no proyecta agencias ni revistas, no da conferencias ni escribe artículos. Lo único que desea es olvidar y ser olvidado. Cuando algún amigo le pregunta el por qué de su silencio responde tajante: por vergüenza y por asco. Esta vergüenza se proyecta sobre el mundo que le rodea y sobre él mismo también. Contempla el lago sobre el que se había sentido cisne de limpias plumas, y le ve convertido en un charco fangoso. El mismo ya no es el que era. Lo mejor de su vida, la juventud, la ilusión, la integridad, es ya irrecuperable. En esta nueva encrucijada, sólo ve un camino largo y vacío: el olvido. De vez en cuando alguien recuerda a este escritor palentino que tanto prometía. En 1944 rechaza el ofrecimiento de la corresponsalía de la "Estafeta literaria" y en los años cincuenta, siendo Miguel Delibes director, tampoco acepta la dirección de la Hoja de Palencia de "El Norte de Castilla". Una anécdota curiosa es la impresión que le produjo un artículo aparecido en el "ABC" sobre los escritores "desaparecidos" durante la guerra civil. En este artículo se le citaba al lado de García Lorca o de Ramiro de Maeztu, como promesa malograda por la muerte en plena juventud. El, que era bastante supersticioso, se personó al día siguiente en la redacción del periódico para dar fe de que vivía aún, a pesar de que ya no siguiera escribiendo. Otra muy distinta es la orientación de su actividad en estos años. En el terreno profesional, trabaja en el almacén familiar y ejerce además la labor de

empresario del cine "Ortega", negocio por el que siente un mayor interés. Más tarde, su familia ampliará la empresa con la incorporación del cine "Proyecciones", y en los años iniciales editará una pequeña revista de propaganda que se repartía entre el público asistente. Muchos recuerdan todavía esos curiosos folletos, llenos de anuncios, ripios y concursos, a la manera de los programas radiofónicos. En 1945, se casa por segunda vez con Carmen M. Compañy. La había conocido en la emisora y la había enamorado con la lectura de sus libros, que ya no se vendían en las librerías y enseñaba sólo a las personas con las que le unía una relación íntima. El tiene entonces cuarenta años, y ella va a cumplir los treinta. A pesar de su juventud y su belleza, que muchas personas recuerdan todavía, mi madre llevaba ya nueve años viuda en el momento en que contrajo matrimonio con mi padre. También tenía un hijo, José Lambea, cuando decidieron ambos que había llegado el momento de iniciar una nueva vida. Más tarde nacemos mis hermanas Carmen, Agueda y yo misma. Así, las menudencias de la vida familiar, iban sustituyendo a los grandes sueños de su juventud. Permanece desde entonces en Palencia, y aunque casi nunca salía de la ciudad, sus relaciones sociales fueron muy escasas. Nada aficionado a los lugares concurridos, gustaba más de los largos paseos por el monte o por las afueras. Recuerdo cómo todos los domingos iba yo con mis padres a la Casa Grande y a él le parecía un paraje hermosísimo. También le gustaba hacer pequeñas incursiones por la

provincia, generalmente para visitar alguna iglesia románica, que era el estilo que más admiraba. A su lado recorrí, cuando era muy pequeña, pueblos como Frómista, Villasirga, Baños de Cerrato, Paredes de Nava, etc. Otras veces, el objeto del viaje era la simple contemplación del atardecer desde el mirador de Autilla o desde el Refugio del monte de Palencia. Gran conversador, siempre me admiró por la precisión de sus explicaciones.

Como cuando yo nací mi padre ya rondaba los cincuenta años, tengo de él una imagen de hombre pensativo y cansado. Aquejado como estaba por una enfermedad crónica bronquial, su salud era delicada y su vida ordenada y tranquila. Desde por la mañana trabajaba en el almacén, hasta las siete de la tarde en que subía, algo jadeante, las escaleras de mi casa en Casado del Alisal. Al llegar, se encerraba en su despacho y leía hasta la hora de cenar. A veces, escribía pequeñas notas que rompía a los pocos



Carmen M. Compañy, su segunda esposa, el año de su matrimonio.



Teófilo Ortega, en esa misma época.

días sin que después de su muerte hayamos logrado encontrar ninguna. El amor a su biblioteca y el cuidado por la conservación de sus libros no cesaron nunca. Recuerdo los grandes paquetes que llegaban de vez en cuando de la librería Espasa Calpe de Madrid, pues no acostumbraba a comprar los libros en Palencia. Apilados en las estanterías, en doble o tercera fila, él los reconocía y cuidaba como a verdaderos tesoros. Aunque nunca hizo un archivo sabía perfectamente donde se encontraba cada uno. Dentro del armario, nunca en las estanterías, estaban guardadas algunas, no todas, de sus obras. Las primeras, aquellas que firmadas por Teófilo Ortega, no había deseado olvidar. A pesar de que le seguían atrayendo las novedades, gran parte de su tiempo le dedicaba a releer; muchos libros no se agotaban en una primera lectura, y gustaba del reencuentro con estos antiguos y fieles amigos. De esa experiencia nos habla en este texto extraído de su libro "Sesenta y nueve años después":

"Existen varios libros, seleccionados en el transcurso de la vida, que no acabamos nunca de leer. Cada nueva lectura es una entrega virginal, clara, tersa, como horas despues de haber saciado la sed, reaparece de nuevo y se satisface el organismo en atenderla; o como tras de la noche contemplamos otra vez la inundación de las primeras luces, o más simplemente gozamos de la belleza de un paisaje cual si los ojos fuesen recién nacidos y con nuestros pasos no hubiéramos pisado muchos caminos. Libros son éstos que tenemos muy cerca de las manos, que colocamos en lugar destacado de la biblioteca, porque nos deleita su vecindad y un como aliento espiritual que despiden. Libros cariciosos y acariciados, profundos y profundizados; manos amigas que se tienden al par de las nuestras exhalando simpatía y afecto. Libros que nunca terminaremos de leer, porque en una ocasión es la desgracia la que nos dispara hacia ellos y encontramos un alentador, beneficioso eco de acompañante; y otras acudimos a su regazo tremolantes y aturdidos por la satisfacción y ellos saben serenarla, fecundizarla, y así de una u otra



La familia va creciendo.

manifestación vital, lo mismo cuando gozamos que cuando sufrimos, estos libros nos responden con una voz oportuna, previsora, recamada de amigables matices".

En aquellos años, algunos de sus amigos volvían del exilio. Dejaban vidas detrás y tenían proyectos pendientes en España. El no tenía ni quería recordar sus historias. Muchos, siguieron siendo sus amigos, como el padre Garmar, un jesuita con aficiones literarias, o Victorio Macho,

+

dia 22 de Marzo de 1947

Vista la presente solicitud de DON TEOFILO ORTEGA MATILLA, ESCRITOR, con domicilio en esta capital de nuestra Diócesis de Palencia; y estimada justa y razonable la causa que alega:

En virtud de las facultades extraordinarias - quinquenales - que Nos están concedidas por la Suprema S. Congregación del Santo Oficio, concedemos a dicho señor, licencia - por tiempo de tres años - para leer y retener libros y revistas prohibidos, a excepción de las obras que defiendan expresamente la herejía y el cisma, de las que tratan de acabar los cimientos de nuestra sacrosanta Religión, y de las abiertamente obscenas.

Asimismo y a la vez que damos esta licencia, imponemos al supradicho Don Teófilo, la obligación de custodiar tales libros en forma de que no puedan caer en manos de otras personas.

Lo decreté y firma S. E. Rvdmo. el Obispo, mi Señor.

*Ramon Ordoñez de Palencia*  
26 MAR. 1947

Per mandado de S. E. Rvdmo.  
*Lic. Juan Antonio de Guzmán*

Lib 57 n.º 1.101  
Derechos - diez - pab

Permiso del Santo Oficio a favor de T. Ortega para leer libros prohibidos "por tiempo de tres años".

el escultor palentino al que organizaba homenajes en el cine "Ortega" y cuya amistad no se rompió hasta su muerte. Algunas veces, fantaseaba con la idea de dejarlo todo, los negocios, Palencia, su vida normal, e instalarse en Madrid para volver a empezar a escribir. Había algo en él que no se resignaba a permanecer ahogado para siempre. Pero estos proyectos nunca traspasaban los límites del ensimismamiento momentáneo. La página seguía siempre en blanco como testimonio del gesto o de la frustración. Era, afirmó una vez, como tener un niño encerrado en un ataúd y haber perdido la llave que le permitiera liberarlo.

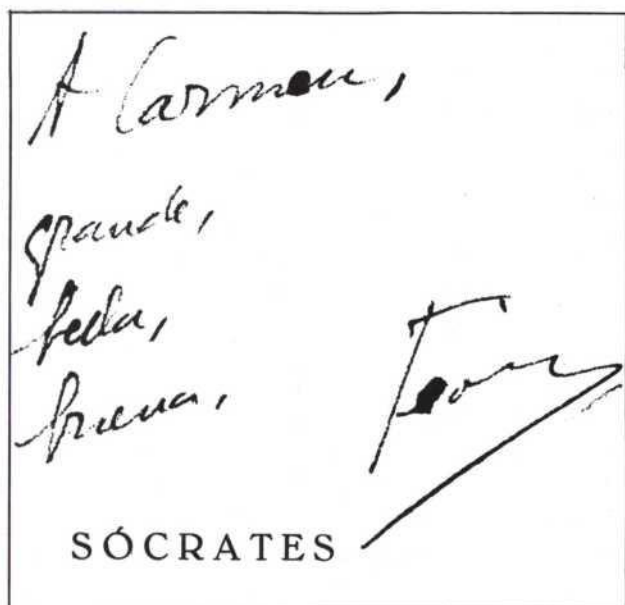
Murió el verano del año 1965. Todavía recuerdo el calor insoportable que hacía en casa ese día. Subía por el cuerpo y parecía que iba a hacerte estallar. Había padecido una larga enfermedad del corazón que le retuvo en cama durante cinco meses. Yo me dí cuenta de que iba a morir solamente pocos días antes. Insistía en que le lleváramos al monte porque confiaba en que la respiración del aire puro le iba a resultar más beneficiosa que todas las medicinas que se le administraban. A la vuelta de su última visita al Refugio, su rostro estaba desencajado por el agotamiento. Hubo que subirle las escaleras en brazos. Esta imagen patética me reveló la gravedad de su estado. Pero él no parecía darse cuenta de que su vida se apagaba. El hombre al que tanto había aterrorizado la muerte, entró en ella con una inconsciencia casi infantil; nunca pensó que estuviera tan próxima y que aquella



Teófilo Ortega, 1963.

imagen tan acariciada, que había mediatizado tanto su vida, iba a presentarse de improviso para sumirle al fin en el silencio más radical y absoluto.

Entre los muchos artículos que aparecieron tras su muerte, he seleccionado, por su sincera emotividad, éste que Dámaso Santos publicara en Pueblo el 22 de agosto de 1965: "Unas horas antes de los funerales, que tendrán lugar en la iglesia de San Lázaro con las primeras luces del día, recorro varias veces la calle mayor —la misma de la película de Barden— y la imagen del Carrión entre el romano Puentecillas y el puente de hierro de Abilio Calderón. Me he detenido ante las prominentes gárgolas de la catedral. En una de las cuales veía Luis Ponce un día conmigo la imagen de un fotógrafo con la cámara colgada hasta la cintura. Palencia todavía no ha despertado, y en su reposo se ha quedado ya un hombre más que no despertará, que no volverá a pasear la calle mayor, ni verá las gárgolas, ni la imagen de la torre de San Miguel balanceando en el río la delicada barca

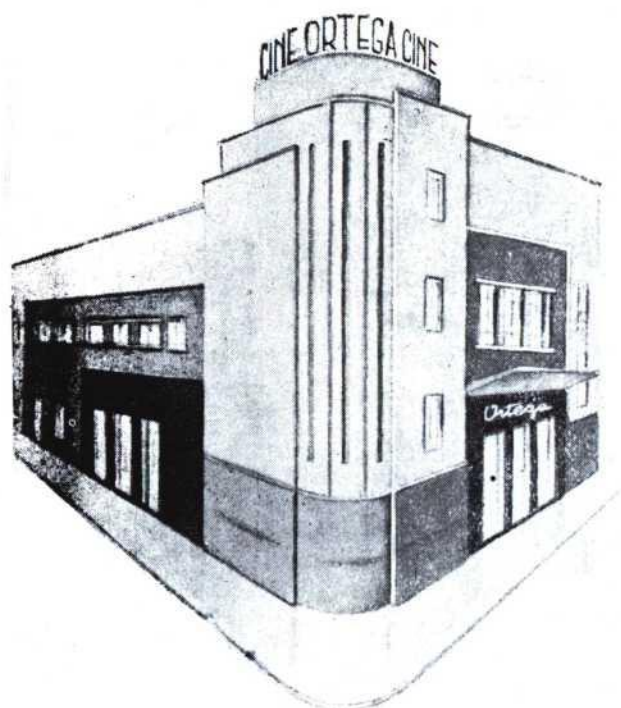


"A Carmen, grande, bella, buena". Dedicataria autógrafa a su mujer del libro "Sócrates".





Con Victorio Macho. Paseando por Palencia en uno de sus homenajes, al margen izquierdo Mariano Timón.



de su gran ojiva: este hombre es —era— Teófilo Ortega. Un escritor que vivió siempre en esta ciudad de Palencia, que acaba de morir antes de llegar a sexagenario, después de muchos años de haber dejado prácticamente de escribir, pese al empeño de unos cuantos amigos para que reanudara su carrera literaria, una de las más brillantes que se produjeron antes y durante todos los años treinta. ¿Por qué dimitió Teófilo Ortega —últimamente firmaba Teófilo Ortega Matilla— al llegarle la madurez? El se ha llevado a la tumba el secreto que ni sus amigos y discípulos —ni creo que sus hermanos y sus hijos— hemos podido desvelar... Su nombre y su ejemplo, que tan estimulantes y aleccionadores nos fueron antaño, quizá no digan nada ya a las nuevas promociones. Pertenece a una particularísima rama de nuestras letras —con el santanderino Manuel Llanos, el extremeño Francisco

Valdés, el malagueño José María Hinojosa, aquél Ángel María Pascual, etc.— tronchada con los primeros frutos tiernos. Orsianos maestros de la amistad y del diálogo, respirados en las mejores incitaciones de su tiempo, nada castizos ni localistas, pero entrañados en la tierra propia; más escritores que literatos, más enamorados de la perfección que del profesionalismo. Tal vez imposibles en los días presurosos que vivimos.

Ya han despertado las campanas y el primer hervor de la ciudad. Calixto y Melibea, Jorge Manrique y Teresa Sánchez, todos los amigos dispersos en el tiempo y en el espacio del escritor fallecido van conmigo a San Lázaro para poner la moneda en el responso por el alma de Teófilo Ortega, junto a sus convecinos que leyeron la esquila difundida por los soportales de la calle Mayor..."

A raíz de la redacción de estas páginas he recordado un sueño antiguo, grabado en la memoria con la exactitud de las imágenes nacidas en los años de la adolescencia, en los que todo es significativo e imborrable. Veo a mi padre sentado en su despacho. Tiene un libro abierto encima de la mesa. Me mira y me sonrío

como invitándome a que me aproxime a su lado. Al acercarme, distingo en sus manos una caja dorada. Está cerrada, y él la mira con una mezcla de admiración y de tristeza. Aunque sus ojos no se separan de la caja, siento que me la muestra con sus manos. Se levanta. Y ha desaparecido la caja dorada. Ya veo únicamente sus manos grandes y vacías. Despacio, salimos de la habitación, y sigo sus pasos cansados por el largo pasillo, más largo aún en el sueño, en el que la imagen al fin se desvanece.

¿Cómo descifrar el secreto de aquella caja que ni siquiera él mismo acertó nunca a abrir?. Nada, ni los recuerdos de sus familiares y amigos, ni la lectura atenta de sus obras, me ha revelado el perfil oculto de esa sombra que le atormentaba y hería, y en la que residía a un tiempo su única grandeza. Creo, sin embargo, que este esfuerzo por rescatar del olvido las imágenes más ciertas y postergadas de su trayectoria, no ha sido inútil. Esa sonrisa triste y esa actitud de entrega aún se desvanecen en la penumbra de la niebla y del sueño. Pero ahora sé que la caja dorada, aquella en que guardaba todo lo que la vida le iba arrebatando —y lo que nunca pudo llegar a florecer—, no estaba vacía.



Con su hija pequeña, Esperanza, poco tiempo antes de morir. A la izquierda, Niki, su primera nieta.

# Apuntes Palentinos.

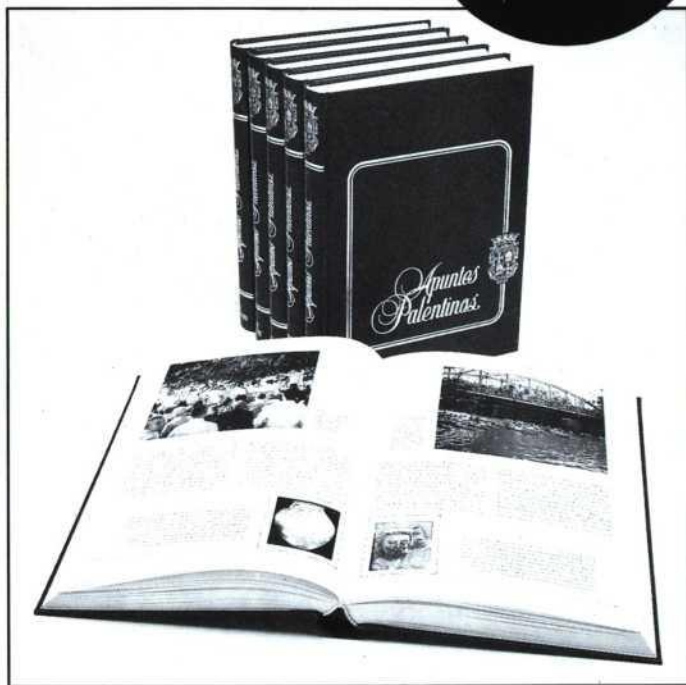
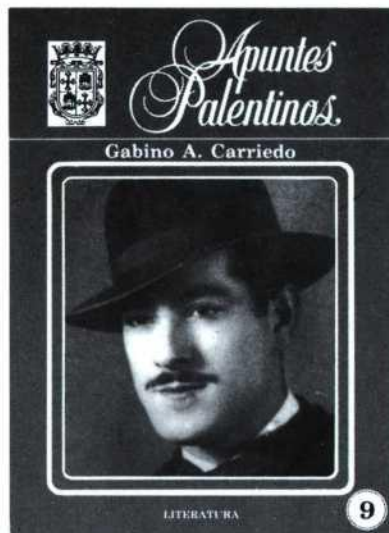


PROXIMO FASCICULO

Gabino-Alejandro Carriedo (1923-1981), en el paso del segundo postismo al realismo mágico y más tarde a la poesía concreta y plástica, es un denso poeta de nuestra poesía de postguerra, con amplia repercusión en el panorama poético nacional.

Cofundador de la Peña Nubis, dado a conocer tempranamente con su libro *Poema de la Condenación de Castilla* (1946) ha desarrollado una amplia labor editorial en la que cabe destacar *Del mal el menos* (1952), *Las alas cortadas* (1959) *El corazón en un puño* (1961) *Política agraria* (1963), *Los animales vivos* (1966) y *Los lados del cubo* (1973), libros a los que habría que añadir la antología *Nuevo compuesto, descompuesto viejo* y la realización de varias revistas técnicas como *Forma Nueva*, *Gaceta de la Construcción*, *Maquinaria y Equipo...* y múltiples y azarosas colaboraciones en el agitado mundo literario, en revistas como *El Pájaro de Paja*, *Poesía de España...* y otras muchas publicaciones.

APARICION  
QUINCENAL  
DOS  
FASCICULOS  
AL MES

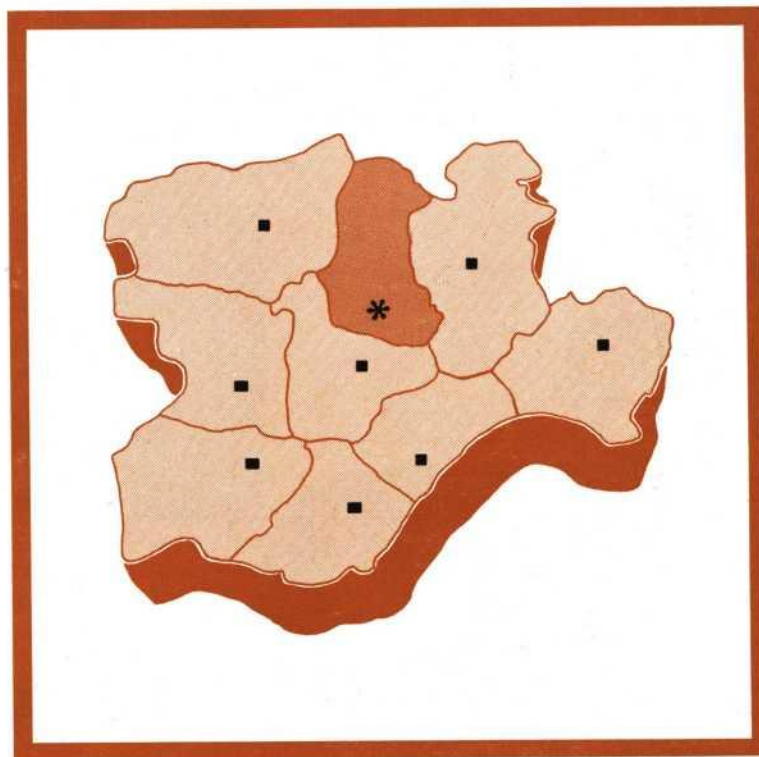


*Edición en fascículos coleccionables, 6 volúmenes monográficos, 2.000 páginas de texto y más de 4.000 ilustraciones a todo color y blanco y negro.*

Tomo 1 BIOGRAFÍAS  
Tomo 2 LITERATURA  
Tomo 3 ARTE  
Tomo 4 RUTAS Y PAISAJES  
Tomo 5 USOS Y COSTUMBRES  
Tomo 6 VILLAS

Las señas de identidad de la gran desconocida: Palencia

Apuntes  
Palentinos.



EDITADO POR LA OBRA CULTURAL DE



**CAJA DE AHORROS DE PALENCIA**  
Y MONTE DE PIEDAD